

EL CENTROAMERICANO ERRANTE: NACIONALISMO Y MODERNISMO EN LA EPOCA LIBERAL *

*Margarita Rojas G.***

Hace exactamente cien años, en agosto de 1891, llegaba a Costa Rica, procedente de Guatemala, quien iba a transformar definitivamente la literatura escrita en castellano. Tres años antes había publicado el libro que ya lo había hecho famoso, por lo menos en el mundo hispanoamericano, y cuando llegó aquí, ya tenía la segunda edición aumentada. Este revolucionario libro y los siguientes de Rubén Darío seguirían produciendo, como dijo Raimundo Lida, "no sólo confusiones de lejanía sino apasionados errores de proximidad".¹

* Este es el texto leído en la serie de charlas del "Seminario Estado Actual de la Investigación Histórica en Centroamérica", organizado por la Maestría Centroamericana en Historia, Universidad de Costa Rica, Setiembre 1991.

** Profesora e investigadora de la Universidad Nacional.

En efecto, *Azul* iba a inaugurar una nueva etapa de la historia de la literatura y un profundo cambio ideológico y cultural en la historia de las relaciones de poder entre la vieja metrópoli europea y sus excolonias americanas. Desde el otro lado del Atlántico el atrevimiento del joven de veintiún años provocó el asombro de lectores y escritores pero también una crítica nacionalista antiamericana y racista.

Seis años después de la primera edición de *Azul* se desató en Costa Rica la polémica sobre el nacionalismo en la literatura, a la par de la cual se desarrolla también otra sobre la corrección /incorrección del habla nacional. Los participantes fueron sobre todo escritores costarricenses aunque también intervinieron otros centroamericanos, entre los cuales, el autor de una crítica aparecida en *La estrella de Panamá*, el guatemalteco Máximo Soto Hall y el hondureño Juan Ramón Molina. Casi veinte años antes, en Guatemala, Domingo Estrada había polemizado con Ignacio Gómez como consecuencia de la censura que Gómez había hecho a Alberto Uclés por su estilo poco castizo.

En estas polémicas, que sucedieron también en otros países del continente, los escritores discutían alrededor del objeto sobre el que se tenía que escribir y el lenguaje que se debía utilizar. Dos posiciones se pueden definir en estas discusiones: una que preconizaba una práctica nacionalista y otra que concebía el quehacer literario como universal.

Con respecto al español local, los escritores -incluidos los nacionalistas- mostraban una actitud ambivalente: en las polémicas sobre el tema lingüístico, criticaron negativamente el uso de arcaísmos y regionalismos, la pronunciación no castiza, el voseo, etc. mientras en las polémicas sobre el deber-ser de la literatura insistían en la necesidad de incorporar lo nacional (temas, paisajes, personajes, costumbres). Pero ese nacionalismo no alcanzaba a todos por igual en las obras: los narradores utilizan un castellano ultracorrecto y españolizante mientras que los regionalismos quedan a cargo de los personajes que representan sectores populares o rurales.

Estas polémicas son momentos claves para examinar la ideología de la época pues van más allá de la simple

discusión acerca de los temas sobre los que los escritores debían escribir. El solo hecho de que al mismo tiempo se estuviera discutiendo acerca de la pertinencia de las hablas locales revela ya una preocupación por definir lo que es y debería ser un costarricense, un guatemalteco, un nicaragüense, etc. es decir, lo que debería ser la nación. Así, pues, dos discursos opuestos se gestan en la misma época en Centroamérica: el modernista, de carácter principalmente literario y artístico y, por esto, de innovación permanente y centrífugo, y el discurso nacional, de carácter más ideológico, que se localiza por un lado en algunas literaturas, en la crítica, la historiografía y la filología literarias y, más tarde, en algunas expresiones de las ciencias sociales y la filosofía.

La definitiva innovación del lenguaje literario que significó el modernismo generó duras críticas y violentas polémicas. El lenguaje literario posee sus propias reglas y, por ello, guarda una relativa autonomía con respecto a la lengua, su materia prima. Por esto, la revolución literaria modernista implicó también un cambio con respecto a la lengua. Y para los latinoamericanos, esto no podía significar otra cosa que una nueva relación con lo español, con la "madre patria", el viejo imperio que todavía a fines de siglo defendía sus últimas posesiones en y fuera del continente. Por esto, revolución literaria y cuestionamiento lingüístico aparecen imbricados en este período y son los síntomas de una profunda lucha por el poder cultural e ideológico.

La lengua no es solamente, como se afirma a veces, un simple medio de comunicación, un instrumento inocente que transmite de modo neutral pensamientos, sentimientos y órdenes. Depósito bastante estable de las visiones de mundo, las conceptualizaciones, las categorías del pensamiento, la racionalidad, la lógica y las ideologías, la lengua presta sus signos pero no desinteresadamente pues estos se encuentran organizados en un complejo sistema gramatical (fonológico, sintáctico y semántico). No se expresa lo que se quiera ni como se quiera sino como el sistema lingüístico permita hacerlo, se piensa de acuerdo como este sistema ha organizado los signos para hacerlo: en oposiciones de negro/blanco, justicia/injusticia, femenino/masculino, etc.

Siendo el sistema de comunicación más potente, la lengua juega, por lo tanto, un papel nada despreciable en los fenómenos culturales e ideológicos. Es básicamente mediante ella que funcionan los discursos científicos, políticos, religiosos, literarios, periodísticos... Es la lengua la que permite la traducción de los documentos de otras culturas y la interpretación de fenómenos no verbales como las artes plásticas, la música, el cine, los sueños. Cuando un grupo humano está sujeto a un régimen colonial, la imposición de políticas, religión, censura, modelos y formas de pensar la realidad está mediatizada además por la adscripción a una determinada comunidad lingüística. Desde mediados del siglo XIX los centroamericanos comenzaron a investigar y escribir sobre el castellano regional y las lenguas indígenas. Esos trabajos son también un índice de su actitud ideológica ante el problema de la formación de la identidad y la lucha contra el poder cultural e ideológico español.

En 1861 se publica (en Nueva York) el primer tomo de *Cuestiones filológicas*, del guatemalteco Antonio José de Irisarri (1786-1868), en el cual se analizan la ortografía del castellano, la gramática y la morfología. Los originales del segundo tomo, que incluía una bibliografía con más de mil nombres de autores españoles desde 1155 hasta el siglo XIX, se perdieron. Irisarri se rebela contra la autoridad de la Real Academia Española de la Lengua en materia de cambio lingüístico. Dice al respecto: "¿Debemos creer que la gramática se ha hecho para la lengua como es natural que sea, o que la lengua se debe someter a las reglas que los gramáticos quieren darle?". Las reglas, según Irisarri, se pueden fijar

"pero no para siempre, porque aquellas reglas y este significado están sujetos a la alteración que padecen y deben padecer todas las cosas de los hombres. Ni sería conveniente tal fijación, porque ella se opondría a la mejora que el tiempo trae consigo. Que se mejora nuestra lengua progresivamente, es un hecho que no puede desconocerse, y que es capaz de mejorarse hasta hacerse tan perfecta como es posible, es otro hecho..."²

Algún tiempo después de Irisarri, otro guatemalteco habría de expresar una opinión semejante sobre el español regional. Publicada en 1904 pero escrita seguramente antes,

El castellano en América, de Antonio Batres Jáuregui plantea que el castellano americano ha enriquecido la lengua, da a conocer una valiosa bibliografía sobre el habla centroamericano, desde una perspectiva positiva:

"En Centro América escúchense a diario muchas locuciones castellanas muertas ya en la Península; pero que no por eso deben proibirse, como que son reliquias del idioma de nuestros antepasados".³

Tanto Irisarri como Batres muestran, con respecto a la lengua una actitud flexible y no normativa, incluso, de enfrentamiento con una autoridad que establezca en forma definitiva -la gramática- un único modelo lingüístico. Luego, se publicaron en Centro América unos trabajos sobre las lenguas indígenas de la región y otros sobre el español de cada país, dos en 1892. Es posible que parte de la motivación para realizar estas investigaciones se debiera a la conmemoración del cuarto centenario de la llegada de Colón a América. Pero aparte de esto, es interesante notar que en los títulos mismos de los libros se trasluce otra actitud hacia la lengua: *Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa Rica* (1892) de Carlos Gagini; *Vicios del lenguaje y provincialismos de Guatemala* (1892) de Antonio Batres Jáuregui; *Vicios de nuestro lenguaje*, de Mariano Barreto (1893); *Hondureñismos. Vocabulario de los provincialismos de Honduras*, Alberto Membreño (1895). Se trata de una idea del castellano centroamericano como una lengua marginal (provincialismos) mal hablada, que debe corregirse (vicios) Y esta corrección no podría provenir sino de la norma que impone el buen castellano, el hablado -supuestamente- en la madre patria.

En 1892 se organizaron en España una exposición histórica americana y varias festividades en ocasión del cuarto centenario. Se celebraron congresos de tipo militar, jurídico, geográfico de americanistas, mercantil, pedagógico, literario y, fuera de programa, uno masónico, uno republicano y otro que intentaron organizar los librepensadores y que la policía impidió realizar.⁴

Máximo Soto Hall fue secretario de la delegación de Guatemala, Rubén Darío fue uno de los secretarios del

Congreso de literatura, convocado por la Sociedad de escritores y artistas e inaugurado el primero de noviembre. El punto central del Congreso fue la unidad del idioma y su conservación. Los participantes latinoamericanos, en mayoría, aprobaron la inclusión oficial en el español de americanismos. Sin embargo, éstos tenían que ser sancionados por la Real Academia Española de la Lengua. Esta institución los rechazó, aunque aprobó los provincialismos españoles.⁵ Este asunto generó una "acalorada discusión". Darío, quien defendía la pureza y la unidad del idioma, lamentó al mismo tiempo "el imperialismo idiomático de la Santa sede del idioma".⁶

Como secretario que era del Congreso, Darío no pudo pronunciarse directamente sobre el conflicto (o no quiso). En cambio, respondió con dos poemas, hecho que, a la larga, iba a resultar mucho más eficaz. Se trata de "A Colón", poema interpretado como una denuncia de la situación política en América Latina, y "Blasón". Las innovaciones de estos textos se prestaron entonces, dice Edelberto Torres, como "blanco al enojo de los preceptistas y poetas tradicionales y como estímulo a los nuevos cantores que entonces frisan entre los quince y los veinte años".⁷

El enfrentamiento de los lingüistas y los escritores latinoamericanos con la Santa Sede del Idioma -en su propia casa y en medio de tan magnas celebraciones - muestra cuál era la actitud de buena parte de esta intelectualidad con respecto a la reivindicación del español continental y la literatura. Por otro lado, también revela la actitud de Darío, especialmente como poeta, para abanderar a los latinoamericanos en una larga lucha contra el normativismo y el poder del viejo imperio.

Una asociación "vigilante de la pureza idiomática", reconocida en 1873 por la Real Academia de la Lengua como correspondiente, tenía ya doce años de funcionamiento cuando Rubén Darío llegó a El Salvador en 1882. Al salir de ese país se fue a Guatemala, para fundar, junto con otros escritores centroamericanos, revistas modernistas y periódicos de información y políticos por la causa unionista. Un total de veinticuatro años vivió y trabajó este escritor en Centroamérica, interrumpidos por su viaje a Chile de treinta

y dos meses (1886-1889). Su actividad en el istmo tuvo una doble importancia: por un lado, ya reconocido como gran escritor y jefe del nuevo movimiento literario, abrió espacios de trabajo a escritores centroamericanos. Por otro, impulsó la publicación de numerosas obras europeas, españolas y no españolas, en traducciones, y también la publicación de las de otros autores de la región y las suyas propias (*Azul* entero se publicó en *La unión*, diario salvadoreño en 1889 y la segunda edición aumentada se hizo en Guatemala).

Las publicaciones de literatura europea y otros países, sin embargo, no comenzaron ni con Darío ni con la inquietud modernista. A diferencia de lo que sucedía en España, ya desde mucho antes en Centro América se publicaban obras de escritores europeos, además de las latinoamericanas. En Madrid, por el contrario, no es sino hasta en 1899 que apareció la primera revista que publica literatura europea no española, la *Revista nueva*, que, como otra gran novedad, excluye a los escritores "viejos", es decir a los no modernistas. En Centroamérica, en cambio, era una labor que se inició mucho antes.

A las publicaciones de literatura extranjera correspondía además un aumento de periódicos y revistas en circulación, varios dirigidos por escritores. Como Darío, muchos de los intelectuales centroamericanos llevaron una vida errante que los convirtió, como a ellos mismos complacía autodenominarse, en "ciudadanos del mundo". Por razones políticas, necesidades laborales, dificultades para publicar y también por la necesidad de ampliar horizontes, escritores, políticos, artistas y pensadores no pertenecían a un país determinado. Con Rubén Darío trabajaron en El Salvador los costarricenses Aquileo Echeverría y Tranquilino Chacón; en Costa Rica el salvadoreño Francisco Gavidia dirigió *El imparcial* y también, junto con el cubano Antonio Zambrana, *La prensa libre*. Gavidia también dirigió en Guatemala el periódico *El bien público*. Entre 1898 y 1899 el guatemalteco Máximo Soto Hall y el costarricense Rafael Angel Troyo trabajaron juntos en la revista *Pinceladas*. Próspero Calderón en Guatemala dirigió la "revista de ciencias, artes y literatura centroamericanas" *Guatemala ilustrada*, en la cual Aquileo

Echeverría organizó una sección de noticias culturales y sociales. El mismo Calderón fundó en 1895 la revista *El porvenir de Centro América* en El Salvador, donde, por otro lado, el nicaragüense Román Mayorga Rivas, que había llegado allí con Darío para establecerse definitivamente, fundó y dirigió el *Diario de El Salvador* ese mismo año. Más tarde, en Costa Rica, el hondureño Froylán Turcios y Rafael Angel Troyo dirigieron la *Revista nueva*. Y Turcios mismo por su parte tuvo una intensa actividad como fundador, director y redactor de numerosos periódicos y revistas, dentro y fuera de Honduras.

Por otro lado, varios escritores de la generación modernista se autoexiliaron de sus países y de la región: Darío vivió en Centroamérica pero más en Sudamérica y Europa; Enrique Gómez Carrillo, Máximo Soto Hall y María Cruz, los tres guatemaltecos, partieron de Guatemala antes de cumplir los veinte años y nunca volvieron.

Los mismos escritores eran conscientes de este fenómeno. En la biografía de Irisarri, Batres Jáuregui señala que aquel fue por unos días jefe del gobierno de Chile, Ministro plenipotenciario de este país en varias ocasiones, en diversos países de América del Sur y Europa. En relación con esto comenta Batres Jáuregui:

"Cuando a principios del siglo, trabajó Irisarri en pro de los intereses generales de la América hispana, era más vasto el escenario en que se hallaba. Por entonces, a raíz de la independencia, ningún americano de origen español era tenido por extranjero, en el extensísimo territorio desde Chile a México. Todos los grandes hombres se confundían en una sola y santa aspiración. San Martín, libertador del Perú, nació en Misiones, de la República Argentina; Monteagudo, ministro de Bolívar, en Lima, nació en Tucumán; Tomás Guido, también ministro de la guerra del Libertador, era originario de Buenos Aires; Sucre, neogranadino, fue el primer presidente de Bolivia.... Por desgracia, en época posterior, cundieron los odios lugareños, el espíritu de fraccionamiento, las miras estrechas, la exageración de las ideas, y hasta la ingratitud y la calumnia, contra los próceres de la emancipación política de las antiguas colonias españolas".⁸

Antes del período liberal, hubo también varios casos de centroamericanos errantes que como Irisarri, Félix Medina, Carmen Díaz y Antonino Aragón vivieron y llevaron una vida

activa en varios países de la región, Sudamérica y Estados Unidos.

A este constante movimiento de los intelectuales centroamericanos parece corresponder la facilidad con que los extranjeros podían no sólo afincarse en la región sino también ocupar puestos de importancia: José Joaquín Palma (1844-1911), poeta romántico e independendista cubano, fue autor del Himno nacional de Guatemala; el polaco José Leonard y Bertholet, masón, representó a Guatemala en México y prestó servicios públicos a El Salvador⁹; Eduardo Poirier, chileno, fue cónsul de Nicaragua en Chile y encargado de negocios de El Salvador en este país también Rubén Darío fue cónsul de Colombia en Argentina (1893) y en Guatemala vivió varios años José Martí, quien pasó también por Costa Rica.

La vida errabunda de muchos intelectuales centroamericanos de fines de siglo podría verse además en relación con otro hecho propio de la literatura modernista: como se dijo al inicio, la gestación de esta implicó una verdadera guerra, artística e ideológica que fue más allá de las fronteras nacionales pues se libró principalmente en España. Centenares, si no miles, fueron los artículos, ensayos y comentarios, los más parodias y sátiras, que se escribieron desde 1888 en relación con el modernismo y, especialmente, con la figura que jefebaba el movimiento. Críticos reconocidos de la época, como Clarín y Valera, y coétaneos de Darío como Unamuno, Baroja y Azorín atacaron duramente la obra y la persona del nicaragüense quien, según ellos, llegaba a España a corromper la lengua y el espíritu castizo que debía preservarse en la literatura castellana. Indio y afrancesado, además de obsceno, decadente, superficial, afeminado y homosexual, eran los epítetos preferidos del discurso crítico. En sus implícitos se revela un profundo antiamericanismo, una insuperable incapacidad de reconocer no sólo la revolución literaria que se estaba produciendo a ambos lados del Atlántico sino también, y sobre todo, el hecho de que, esta vez, en el viaje de vuelta, era la obra de un centroamericano la que iniciaba y concretaba el cambio en la literatura y la lengua castellana. Desgraciadamente los núcleos ideológicos de ese discurso

antimodernista perduran incluso en los escritos de intelectuales latinoamericanos que han seguido malentendiendo el modernismo como un movimiento de evasión y arte-por-el-arte, de falta de compromiso con lo real americano. Esta actitud muestra la continuación del discurso nacionalista, especialmente en lo que respecta a su oposición básica entre universalismo -entendido negativamente- y regionalismo -entendido como americanismo. La trampa valorativa que supone semejante alternativa perpetúa la incomprensión acerca del significado del momento modernista en el panorama ideológico y cultural del mundo hispano-americano y del papel activo, creador, del arte y la literatura. La necesaria revaloración del significado histórico del modernismo pasa por la comprensión del significado del quehacer artístico en general. El arte no refleja la vida, la realidad. El arte es precisamente revolucionario en la medida en que produce nuevas significaciones que sirven a la persona común y corriente a pensarse de una forma nueva, que lo distancie de estereotipos e ideologías gastadas. En esto radica el fundamental valor de la actividad artística. Cuando se acusa al modernismo de ser un movimiento aristocrático, es decir, no popular, se olvida el hecho patente de que tan profundamente caló esta literatura que son muchos en nuestros países los que recitan, de memoria, versos como "Juventud, divino tesoro...", o "Margarita, está linda la mar, y el viento lleva aliento sutil de azahar..." Precisamente la retórica modernista fue recogida por lenguajes masivos como la canción popular posterior. Este asunto lo aclaró hace más de cien años otro poeta, Manuel Gutiérrez Nájera cuando dijo:

"Hoy no puede pedirse al literato que solo describa los lugares de su patria y sólo cante las hazañas de sus héroes nacionales. El literato viaja, el literato está en comunicación íntima con las civilizaciones antiguas y con todo el mundo moderno... Lo que se exige a un poeta, por ejemplo, para considerarlo como un gran poeta en la literatura propia, es lisa y llanamente que sea un gran poeta, es decir, que la luz que despida sea suya y no refleja".¹⁰

Quiero concluir relatándoles la anécdota, poco conocida, del asesinato de un escritor nicaragüense en Costa

Rica. Recordando lo que he expuesto, cada uno podrá deducir las conclusiones del caso. En el mismo año que llegó Darío a este país y tal vez incluso en el mismo mes, el periodista, político y opositor de Darío Enrique Guzmán Selva vino como desterrado, en el tiempo en que estaban aquí también los escritores nicaragüenses Pedro Ortiz y Anselmo Rivas. Con el primero compró *El diario del comercio* a Justo A. Facio, con quien tuvieron un altercado por la prensa y dos intentos de duelo a pistola, debido a que rescindieron el contrato y Facio se molestó. Fundaron luego el periódico semioficial *El día*, apoyado por el presidente José Joaquín Rodríguez. En este periódico reprodujeron un artículo escrito por el salvadoreño Francisco Gavidia, quien también por esos años había vivido en este país, acerca de la situación política costarricense. Esta publicación motivó un atentado, a manos de Manuel Fernández Guardia, Enrique Roig, Carlos y Ernesto Pinto. Guzmán resultó herido y Ortiz perdió la vida.

Notas

1. Raimundo Lida. *Rubén Darío. Modernismo*. Caracas: Monte Avila (Colección de artículos y ensayos publicados entre 1939 y 1968). Pg. 181.
2. Irizarri, Citado por David Vela. *Literatura guatemalteca*. Dos Tomos. Guatemala. 1943. Pgs. 340, 348 y 350.
3. Batres. Citado por Vela, Op. cit. Pg. 358.
4. Edelberto Torres Espinoza. *La dramática vida de Rubén Darío*. Sexta edición. Definitiva, corregida y aumentada. Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana, 1982, 966 páginas.
5. Torres, Op. cit., Edición de 1952. Pg. 294.
6. Ibidem.
7. Torres, Op. cit. Pg. 292.
8. Antonio Batres Jáuregui. Landívar e Irizarri. Literatos guatemaltecos con un discurso preliminar sobre el desenvolvimiento de las ciencias y las letras en Guatemala. Guatemala. Tipografía nacional. 312 páginas. Pgs. 116-117.

9. Torres, Op.cit. Pgs. 60-61.
10. Gutiérrez Nájera. Crónicas del domingo. 1885, citado por Angel Rama. *Las máscaras democráticas del modernismo*. Montevideo: Fundación Angel Rama. Pg. 191. El subrayado es nuestro.

Referencias bibliográficas

- 1879 Batres Jáuregui, Antonio, *Literatura americana*, colección de artículos, Guatemala: Tipografía de "El progreso", 502 pp.
- 1896 Batres Jáuregui, Antonio, *Landívar e Irisarri. Literatos guatemaltecos*. Con un discurso preliminar sobre el desenvolvimiento de las ciencias y las letras en Guatemala, Guatemala: Tipografía Nacional, 312 pp., 2a. edición: Colección Biblioteca guatemalteca de cultura popular, vol.16, Guatemala: Editorial del Ministerio de Educación Pública, 1957, 192 pp.
- 1943 Vela, David, *Literatura guatemalteca*, 2 tomos, Guatemala: se.
- 1952 Torres Espinoza, Edelberto, *La dramática vida de Rubén Darío*, 6a. edición definitiva, corregida y aumentada, Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana, 1982, 966 pp.
- 1984 Lida, Raimundo, *Rubén Darío. Modernismo*, Caracas: Monte Avila [colección de artículos y ensayos publicados entre 1939 y 1968].
- 1985 Rama, Angel, *Las máscaras democráticas del modernismo*, Montevideo: Fundación Angel Rama, 194 pp.
- 1991 Rojas, Margarita, Flora Ovares, Carlos Santander, María Elena Carballo, *La casa paterna. El discurso nacional y la literatura costarricense*, informe de investigación, Universidad Nacional, mimeo.